

Título: **MICRORRELATOS DE UNA PANDEMIA**

Pseudónimo: SUMMER

Categoría: ANTIGUO ALUMNO

“Mi abuela Ana cada vez que me ve me da un abrazo, dice que en su época no se podía y que no piensa perderse ninguno. Me encantan sus historias. Ayer me contó que cuando era joven tenía que dejar a mi padre todos los días en el colegio muy temprano y coger un autobús para ir a su oficina ¡Imagínate! A mí me gusta ir para asistir a las reuniones y ver al equipo de vez en cuando ¿pero para qué querría estar sentada en la misma sala que ellos solo para estar mirando a mi pantalla? La pobre se quejaba de que con la hora y cuarto de camino que se pegaba, casi no llegaba para ayudar a mi padre con los deberes. Por lo visto eso cambió con la pandemia, ¡menos mal! No me puedo llegar a imaginar la de atascos que tendría Madrid en aquel entonces y cuánta contaminación con todo el mundo desplazándose diariamente.”

David, enero de 2067.

“No voy a llegar a clase de yoga, me da muchísima rabia. En realidad ya he terminado todo lo que tenía que hacer, pero como mi jefe me vea salir antes que Juan, al final le va a promocionar a él. Hoy no me quería perder la clase porque puede que sea la última antes de mi operación de rodilla. Aunque la verdad, vete tú a saber. Ya me la han aplazado dos veces por este maldito virus. Mi abuelo Pedro siempre se anda quejando de que si ya en sus tiempos se vio que había que hacer mejoras en la sanidad, cómo puede ser que sigamos así. Ayer me contaba, por tele llamada, que durante la primera pandemia él también se apuntó a yoga, pero online. Es una lástima que después del confinamiento nunca volvió a hacerlo, seguro que estaría mucho mejor de la cadera...”

Valeria, junio de 2072.

“Hoy mi madre se ha puesto triste viendo unas fotos antiguas. En una salía mi tío Rubén en el Pan de Azúcar de Río de Janeiro y me ha contado que le gusta viajar tanto como a mí. Nunca le vemos más que por Navidad y le he preguntado por qué no le visitamos más regularmente. Creo que siempre han pensado que soy muy sensible y que es mejor no contarme este tipo de cosas y puede ser que tengan razón... Mi tío es muy divertido, siempre está contando anécdotas de sus amigos y de sus noches de fiesta. Lo que yo no sabía es que durante la pandemia del CoVid19 también se lo pasó sensacional. Por aquel entonces estaba en la universidad y no había fin de semana que no hiciese una quedada en casa de algún colega... Mi madre nunca pudo perdonarle lo que pasó y yo no le miraré nunca igual, me hubiera encantado conocer a mi abuelo.”

Raúl, octubre de 2068.

Realmente la pandemia ha hecho que nos planteemos grandes preguntas, muchos dicen incluso que se han redescubierto como personas y que ahora saben lo que es esencial en la vida. Ir a la moda, los restaurantes, los viajes... la pandemia se ha erigido como un nuevo prisma, donde lo único que importa es poder salir adelante y estar con nuestros seres queridos. Ha venido de la mano de la soledad, ese tremendo compañero para muchos, que han intentado acorralar en una esquina a base de nuevas aficiones. Y hasta a ratos se ha presentado el miedo, que hemos intentado mantener metido en un cajón. Los abrazos se han convertido en un lujo y los gestos de felicidad se han mudado a los ojos, porque las sonrisas están atrapadas tras las mascarillas. Benditos convivientes que nos iluminan el corazón cuando reina la incertidumbre. Pero también, malditos irresponsables que pueden matar por un rato de diversión. Qué lucha infernal para nuestros mayores que quieren mantenerse con vida pero que no quieren una vida vacía de amor para sus últimos

años y una completa soledad en sus últimas horas. Cuántos sueños rotos y cómo se ha convertido nuestra paciencia en un globo, que parece constantemente a punto de explotar, pero que sin saber cómo sigue estirando. Tres microrrelatos, tres realidades, ¿cuál nos queremos encontrar? Si me permiten, quiero poner el énfasis, no en saber quiénes somos, sino en saber quiénes queremos ser a partir de ahora.

En la individualidad, qué bonito ha sido mirar hacia adentro, disponer del tiempo que estaba lleno de cosas superfluas para descubrir lo que realmente nos hace felices. Quizás nunca más hagamos *lettering* o ese maratón de *Netflix* no nos haya cambiado la vida, pero aquellos a los que la situación económica no nos ha dado la espalda, hemos tenido el lujo de poder explorar. Hemos accedido a nuevas dimensiones en las relaciones interpersonales, ventanas que se abren ante situaciones que nunca habíamos vivido hasta ahora. Cuando no hay distracciones y solo queda el tú y el yo, qué crudo y qué bello. Yo no me quiero volver a perder en la vorágine del día a día nuevamente, quiero salir a pasear por la calle (no a patinar, gracias Filomena), sentir la naturaleza viva a mi alrededor, llenarme de la risa de mi hija, que se me erice la piel con los besos inesperados de mi marido, disfrutar de un rato de confianzas con mi madre, preparar una paella para toda la familia (la extensa, la de los 5 tíos, 7 primos, 8 sobrinos y 5 amigos), bailar como si no hubiera un mañana cuando ponen mi canción favorita en la radio, explorar los cinco continentes y lo mismo dentro de unos años hasta otros planetas, perderme en ese libro del que tanto me cuesta levantar los ojos... ¿Y si la vida realmente va de eso? Quiero aplicar el famoso YOLO tan de moda (*you only live once*), que antes era el “Solo se vive una vez” de las Azúcar Moreno, pero que ya descubrió Horacio hace muchos siglos con su *carpe diem*. Parece que no aprendemos. Con responsabilidad y esfuerzo, pero intensamente, VIVIR.

Como colectividad se nos ha presentado una oportunidad de oro para darle un vuelco a la situación. Si realmente hemos aprendido a valorar el amor y la familia por encima de todo, hagamos una sociedad que los priorice. Cuando parece que estamos dando los primeros pasos hacia la conciliación de la vida personal y laboral, no lo dejemos escapar. Si los besos son joyas que atesorar y los abuelos una bendición, hay que transmitirlo a las generaciones venideras. Si nos gusta la libertad, hagamos de nuestras ciudades sitios seguros. Si echamos de menos los conciertos, los museos, los teatros y los cines, vamos a llenarlos en cuanto sea posible y consigamos que los artistas no pasen del escenario a la Gran Vía con una gorra para poder comer. Demos su lugar a profesionales como son los médicos y los enfermeros, científicos e investigadores, que no hagan las maletas al terminar la carrera en busca de oportunidades fuera de nuestro país. También devolvamos su importancia a los maestros, de los que tanto se han acordado los padres durante el confinamiento estricto, que son una base fundamental de toda sociedad. Aprendamos que unidos y trabajando en equipo somos más fuertes. Por favor, aprendamos a darle la vuelta a una desgracia y este tiempo no habrá sido un tiempo perdido.